

# Memoria de Portbou

Roberto Martínez Bachrich

a Aymara Arreaza y Lorena Bou

*No, no es un guante de seda este destino.  
No se adapta al relieve de mis huesos ni a la temperatura de mi  
piel,  
y nada valen trampas ni exorcismos,  
ni las maquinaciones del azar ni las jugadas del empeño.  
No hay apuesta posible para mí.  
Mi lugar está enfrente del sol que se desvía o de la isla que se  
aleja.  
¿No huye acaso el piso con mis precarios bienes?  
¿No se transforma en lobo cualquier puerta?  
¿No vuelan en bandadas azules mis amigos y se trueca en carbón  
el oro que yo toco?  
¿Qué más puedo esperar que estos prodigios?  
Olga Orozco, "La mala suerte"*

**S**e llega a Portbou por error o fanatismo. En el primer caso, hermosa sorpresa; en el segundo, un lugar cuya atmósfera paga con creces los temores del viajante empecinado. No es un lugar demasiado turístico y eso es ya un buen síntoma. Sus calles están descuidadas, muchas de sus casas en extremo abandono, las paredes escarapelándose sin cesar, como en un inacabable envejecer y perder piel o color bajo la canícula o el frío invernal. La iglesia, de aspecto neogótico, cerrada e inútil en el pueblo alto. Un enorme túnel en el pueblo bajo, hambriento del paso de alguien, hastiado

acaso de su vientre perpetuamente vacío, de su propia y acerada soledad. Un doble túnel, hoy sin mucho uso, que comunica una de las callejuelas principales del pueblo con campos deportivos y acceso al verde rural. Acaso en otro tiempo ese túnel fue territorio del terror, lugar en el que se decidían vidas y muertes, el paso de un país a otro, la libertad o el final. Hoy apenas circulan por allí bandadas de palomas que van y vienen con su delicado estruendo o viejecitas de afilado mirar que pasean, sonámbulas, gigantes perros ovejeros.

La estación de trenes es hermosa. Pero su magnífico techo y su estructural grandilocuencia, su perfecta arquitectura que recuerda a Monet y su San Lázaro, resaltan el olvido en el que este pueblo ha quedado, hablando de una vida anterior, políticamente decisiva, al menos en la primera mitad del siglo XX y bajo el influjo siniestro de las guerras. Sin embargo, en la estación de Portbou descienden, hoy, no más de media docena de pasajeros que recorren boquiabiertos los suelos de ese enorme esqueleto metálico, albergue de trenes, intrigas y proyectos de vida interrumpidos alguna vez. Lo recorren buscando la luz, la salida, el pueblo mismo. O buscando hacer memoria, reactivar homenajes.

Las playas de Portbou no son de blanca arena sino de piedras oscuras. Quien allí se descalza y quiere sumergirse en sus aguas debe primero, y siempre, herirse los pies. Como si el premio de estas aguas verdes y tranquilas, de estas aguas heladas que apagan el infierno interior del *flâneur*, mereciera primero un sacrificio: pies sangrantes. Con sangre o sin ella, vale la pena alejarse de la bahía principal y recorrer los acantilados que, del lado izquierdo, van formando nuevas bahías que sacian los ojos sedientos de belleza del paseante. Rocas enormes, precipicios encadenados, las olas reventando, bahía tras bahía, en la más absoluta soledad. Soledad apenas interrumpida, de vez en vez, por el vuelo sin orden de alguna gaviota desorientada. Una sombra fugaz en el verde infinito de las aguas, una breve obstrucción en la plena desnudez del cielo.

Los habitantes de Portbou no son simpáticos. La calidez no les es natural. Sobran las razones históricas, supongo, pero no pretendemos hurgar entre esas malezas. Miran al paseante perdido con recelo. En el mejor de los casos lo ignoran. Si uno pregunta una dirección responden de mala gana y jamás en español. Defienden acaso, en su antipatía, un viejo fantasma de la Cataluña profunda: la siempre discutida, tan ansiada como odiada, autonomía. La respuesta invariable ante cualquier pregunta es que hay carteles que indican donde quedan las cosas. Que hasta un niño, si abre los ojos, podría encontrarlas. Quizás la tarea secreta de esta gente sea sintonizar al paseante con la soledad y amarga belleza del lugar. Ponerlo a arder a la temperatura del pueblo, al ritmo de su aire inestable de lugar de transición, umbral, paso o frontera.

La Costa Dorada y la Costa Brava ofrecen innumerables playas que hordas de turistas invaden sin excepción cada verano. Playas llenas de cómodas instalaciones y múltiples servicios, de cuerpos tendidos en la arena que exhiben sus figuras y volúmenes sudorosos, brillantes, templos del deseo veraniego o dolorosos focos de insolación. Desde los encantos ilimitados de Barcelona hasta las maravillas paisajísticas de las playas de los alrededores de Blanes, estos lugares han asumido la tragedia de ser destino turístico frecuente. Y con más o menos traumas han adoptado la personalidad y el carácter que les corresponde. Santa Cristina, por decir algo, con un poco de discreción. Sitges con descaro e impertinencia.

No es el caso, en cambio, de Portbou. Habría que hacer el estudio económico justo, pero uno se queda con la sensación de que ese lugar tal vez no necesite del turismo para subsistir, pues parece alimentarse —y reconocemos en esta afirmación una total falta de lógica— de su pasado, de lo que una vez fue y ahora es sólo paso tembloroso hacia la actualidad, reticencia en relación con lo moderno, ancla definitiva en los viejos fantasmas, las traiciones o el temor.

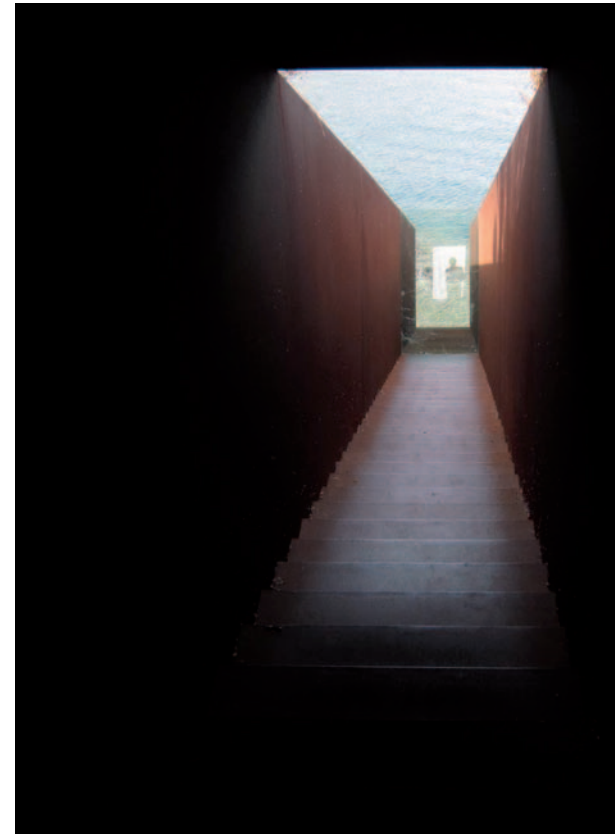
Pero volvamos a la bahía principal y en vez de girar a la izquierda, al encuentro de las rocas, las sucesivas y solitarias bahías menores o los precipicios, giremos a la derecha, hacia un cerro no demasiado alto en cuya cumbre se encuentra el cementerio. El cementerio donde se supone que reposa el cuerpo de Walter Benjamin. Su tumba y el curioso monumento que en su memoria hiciera el escultor israelí Daniel Karavan.

Sólo quien la busca desde abajo encontrará la obra de Karavan allá en lo alto. Quien ignore su presencia y pertinencia la mirará de lejos como un misterioso proyecto edilicio abandonado, una inconsistente geometría de la herrumbre que mancha la crudeza natural del paisaje. Consiste, la obra, en la unión de sucesivas planchas metálicas organizadas en forma de túnel rectangular. La “puerta de entrada” se asienta sobre la tierra firme, más firme aún en tanto se trata de una montaña de roca. La “puerta de salida” se asienta en el aire, sostenida por la fuerza de base de toda la estructura y de la parte de ésta que permanece enraizada a la piedra. Pero la “puerta de salida” no es una puerta. Porque en algún momento el túnel o *pasaje* deja de ser tal. Poco después de recorrida una parte de las escalinatas, la plancha metálica superior desaparece y el pasadizo se abre, también, hacia el cielo. Tal vez para que la orientación de quien lo atraviesa se desestabilice un poco, tal vez para aclarar que no todos los descensos van al inframundo, que algunos, excepcionalmente, desembocan en cielo abierto. Disquisición inútil, ésta, como el intento de definir o determinar los puntos cardinales de una vida, los jugos oscuros que en ella las artes de la mala suerte hayan ejercido, las coordenadas precisas de una emoción o la trama de una torpeza tremenda y la geografía del miedo que debió tejer los últimos días de vida de Walter Benjamin. Una vida que no desembocó en cielo.

Disquisición inútil, de cualquier forma, porque la “puerta de entrada” en verdad permite visualizar, una vez que estamos dentro, únicamente el cielo. Y el descenso, como vemos, ha empezado desde lo más alto. O esa es, tal vez, la única cosa que



Monumento a Walter Benjamin por Daniel Karavan



Fotos tomadas de la Biblioteca de la Universidad de Muri

alcanza a comprender el ojo de quien ha ingresado al túnel. La “puerta de salida”, por otro lado, ofrece una única vista ya antes de ingresar a la estructura y empezado, también, el primer tramo del recorrido. Esa vista es el mar. El mar batiéndose sobre las rocas. Las aguas verdes y heladas de Portbou removiendo las memorias y emociones del paseante.

Todo se descalabra una vez más. Se transita la obra de Karavan sin perder de vista al homenajeado y su oscuro destino. Transitamos, pues, un espacio abierto primero, cerrado luego y nuevamente abierto al final, que atraviesa la tierra, apunta al cielo o al mar. Entramos en la obra de arte como en un *pasaje* que nos acerca y aleja del paisaje. Intentamos desentrañar su *alquimia*. La del paisaje y la del *pasaje* en cuyo vientre avanzamos y retrocedemos, como queriendo recuperar el sentido y las claves de su *enigma*. Y pensamos en la figura de Benjamin, paseante y pensante como pocos hombres de su tiempo. El “único crítico verdadero de la literatura alemana”, como lo expresara su amigo Gerhard Scholem. Y notamos otra vez que la “puerta de entrada” está en tierra firme, pero viene del aire y va hacia el agua. La “puerta de salida” está en el aire, pero viene del agua y va, también, al cielo. La “puerta de entrada” no es realmente una puerta, pero sí un umbral de fronteras bien definidas. La “puerta de salida” no es una puerta del todo, pero es también estación de tránsito o punto de confluencia y división. También umbral, pues. Pero umbral de líneas más abiertas, acaso desdibujadas. Así las líneas que trazan la atmósfera de Portbou: un pueblo que permanece fijo en su sitio como si tal obviedad fuese improbable; un territorio que, sin embargo, vive en un perpetuo desdibujarse. Quien circula por las calles, playas o montañas de este pueblo cincelado a golpe de agua y de roca entre la Costa Brava y los Pirineos se da cuenta tarde o temprano de su atmósfera enrarecida, de su inexorable afantasmarse. Se hace casi certeza, entonces, en el paseante, la sensación de la próxima e intempestiva desaparición de Portbou. El presentimiento de que esas aguas verdes y tranquilas se levantarán y se tragarán en un santiamén el pueblo.

O acaso se abrirán las rocas y Portbou se doblará hacia adentro, desapareciendo en las entrañas de la tierra. Será, entonces, una aldea sumergida o una pequeña ciudad de cuya existencia mítica dudarán las futuras generaciones. El monumento a Benjamin, no obstante, parece estar allí como el único filtro mágico para evitar tal catástrofe. Quizás sólo la memoria de unos días trágicos, del peso de la absurda muerte de un gran hombre allí, permita y siga permitiendo la no desaparición de Portbou en la niebla de la historia.

De trazos bien precisos, de pinceladas gruesas o más bien brochazos definitivos habrá sido el miedo, para Walter Benjamin, en aquéllas, sus horas finales huyendo de la Gestapo. Mucho más desdibujada nos llega a nosotros la historia, aunque hartamente conocida en sus imprecisiones. Hannah Arendt ha dedicado a Benjamin un afectuoso capítulo en su libro *Hombres en tiempos de oscuridad*. Allí reconstruye sus últimos días y habla de la mala suerte como una constante en la vida del filósofo alemán. Por mala suerte, tal vez, nunca llegó a ver Benjamin, en vida, publicados sus magníficos ensayos sobre Baudelaire o Brecht. Por esa misma mala suerte Hugo von Hofmannsthal publicó, admirado, su brillante crítica a *Las afinidades electivas* de Goethe. Un texto que había sido antes rechazado por diversas revistas de la época y que a los ojos de un lector de hoy suele resultar uno de esos raros ensayos sobre una obra literaria que superan a la obra misma y que postula también, con genio y lucidez, lo que ha de ser la crítica literaria moderna. Mala suerte, dice Arendt, porque la publicación de ese texto —la escandalosa modernidad de sus ideas— determinó que el autor no obtuviese un puesto de trabajo en una prestigiosa universidad alemana para la que parecía estar especialmente dotado y que le hubiese regalado una vida mucho más cómoda o menos plena de penurias. Mala suerte, también, la que lo llevó a huir de París en el invierno de 1939 por una amenaza de bombardeo. Benjamin se dirigió a Meaus para salvar su vida y, al final, el bombardeo no fue en París, como había sido pronosticado, sino justamente en ese otro pueblo francés que el autor

había elegido como refugio y que resultó, al final de la guerra, uno de los más brutalmente destruidos. Pero el broche de sombra de su mala suerte, nos sugiere Arendt, lo halló Benjamin en Portbou. Había conseguido una visa para irse a Estados Unidos y un permiso para transitar libremente por España. Su buque partía de Lisboa y debía atravesar el tramo del Mediterráneo que lo salvaría de la persecución nazi en tanto judío e intelectual en calidad de posible opositor político de peso. Portbou era la frontera entre el asesinato o la libertad. Estaba en Francia en calidad de refugiado cuando esta nación acordó un armisticio con Alemania y los refugiados estaban en peligro de ser devueltos al Tercer Reich. Francia entonces cerró la frontera y se plegó a las órdenes de la Gestapo. Benjamin, ya lo dijimos, tenía visa norteamericana y de libre tránsito en España, pero necesitaba, ahora, un permiso para salir de Francia. A pesar de su deplorable estado físico (sufría del corazón desde hacía tiempo) atravesó caminando los Pirineos en medio de la densidad del terror que debía respirarse entre el grupo de refugiados que lo acompañaban. La tensión y los signos de la muerte eran el único ingrediente que se repetía, monótono y brutal, en aquella noche decisiva. Llegó Benjamin a Portbou, probablemente hecho una piltrafa humana, con salud de agonizante y angustia épica. Y al llegar allí, la gran noticia: España no reconocía ya las visas antes emitidas y los refugiados debían regresar a Francia por la ríspida vía por la que habían llegado a Portbou.

Esa noche, Walter Benjamin se suicidó.

Acaso sólo se le pasó la mano con la morfina.



Tal vez fue asesinado.

Las hipótesis son asaz diversas, pero en ninguna de ellas la mala suerte deja de tener un rol protagónico. Y el impacto de esa muerte hizo que los guardias de la frontera permitieran a los demás refugiados seguir su camino hasta tierras portuguesas. Y, por si fuera poco, algunas semanas más tarde las visas de libre tránsito por España fueron de nuevo reconocidas. La mala suerte, escribe Hannah Arendt. La mala suerte como fibra indestructible y definitiva del sino del filósofo alemán.

El monumento a Walter Benjamin en Portbou no es sino un merecido homenaje a la memoria de un gran hombre, víctima del horror humano de su época y de ideas monstruosas que resucitan con frecuencia cambiando apenas de disfraz en la podredumbre ideológica e intestina de hombres sin alma. Ese grito metálico de Karavan que abre a plenitud la incertidumbre o provoca la ferocidad de la duda, sopesando las fracturas de una vida y las conexiones del alma humana en su tránsito por el mundo es sólo otro recuerdo de lo que a algunos hombres debemos los hombres, y de cómo debemos cuidarnos, al mismo tiempo, de la estupidez de nuestros semejantes; de cuán poco —pero de poco en poco, mucho— está en nuestras manos para evitarla. Es eso lo que un pueblo como Portbou nos sigue recordando en su decrepita y atípica hermosura, en su cruda, terminante y rarefacta atmósfera. Es ese el mensaje que las planchas metálicas, los túneles vacíos y las aguas verdes y heladas no han dejado hoy de susurrar o gritar. Grito o susurro de indudable pertinencia para nosotros, paseantes desprevenidos, orgullosos y avergonzados de nuestra especie, nuestra tierra, nuestro tiempo. ■

Roberto Martínez Bachrich (Venezuela)

Ha publicado los libros de relatos: *Desencuentros* (Gobernación de Carabobo, 1998) y *Vulgar* (Universidad de Carabobo, 2000), además del poemario *Las noches de cobalto* (Funsagú, 2002). Obtuvo el X Premio Anual Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana 2010.